

CAPITULO XI.

«¿Cuál es vuestro designio? ¿Que significa
ese language misterioso?»

SHAKESPEARE.

MACBETH.

En efecto, aquel brazalete tejido con
cabellos de la hermosa hija de D. Carlos,
y cuyo broche era el retrato de esta, fue
regalado á Teresa por su amiga hacia al-
gunos años y desde entonces pocas veces
dejaba de llevarlo, pues si su carácter, seco
y uraño, la hacia poco afectuosa con Car-

dad, á fin de tener mas presto las noticias que deseaba. En el último correo de la Habana no habia tenido carta de su hijo ni de sus preceptores. Sab, que habia ido á la ciudad, como sabe el lector, llevando entre otros el encargo de sacar las cartas del correo, habia declarado al llegar, (el dia en que partieron para Cúbitas,) que no habia carta ninguna para el señor de B..... Estraño era este silencio de su hijo que no dejaba de escribirle un solo correo, y estraño tambien que su corresponsal de negocios no le mandase, como acostumbraba, los periódicos de la Habana, mayormente cuando debian contener la noticia del sorteo de la gran loteria; que ya sabia D. Carlos por Enrique haber caido el premio mayor en Puerto-Príncipe. Descaba, pues, con toda la impaciencia de que era susceptible su caracter, tener noticias de su hijo, cuyo silencio le inquietaba, y saber cual era el número premiado. Aunque como ya hemos dicho no era don Carlos codicioso, ni diese demasiada importancia á las rique-

zas, no dejaba de conocer con dolor cuanto las suyas estaban desmembradas, y con bello golpe de fortuna sería para él sacar 40,000 duros á la lotería. Por tanto, al saber que este premio cayera en Puerto-Príncipe latió su corazón de esperanza y acordándose que tenía dos billetes, y Teresa y Carlota cada una otro: ¿quién sabe, dijo, si uno de estos cuatro billetes será el premiado? ¡Oh! si fuese el de Carlota! ¡qué felicidad! Pero, no, añadió prontamente el generoso caballero; mas bien deseo que sea el de Teresa: ella lo necesita mas. ¡Pobre huérfana, que no ha heredado mas que un mezquino patrimonio! Carlota será sin la lotería bastante rica, mayormente casándose con Enrique Otway.

Enrique partió para Guanaja pasados tres días en Cubitas y la familia de B... para Bellavista, despues de dejar instalada á Martina en su nuevo domicilio, colmándola de regalos y recibiendo en cambio sus bendiciones.

¡Cómo pierden su hermosura los obje-

Tomo I.

12

tos mirados por los ojos de la tristeza! Carlota al restituirse á Bellavista miraba con indiferencia aquellos mismos campos, fértiles y hermosos, que tan grata impresion le causáran tres dias antes, admirándolos con Enrique.

Iba á estar ocho dias separada de aquel objeto de toda su ternura y su tristeza era tanto mayor cuanto que una vaga inquietud, un indefinible temor atormentaban por primera vez su imaginacion.

En los tres dias pasados en Cubitas habíale parecido su amante, frecuentemente triste y cabiloso, y sus adioses fueron frios. Cuando Carlota le hablaba de su próxima union, Enrique callaba ó contestaba con cierta confusion: cuando Carlota le reprochaba su displicencia, Enrique se disculpaba con pueriles pretextos. Una desconfianza indeterminada, pero cruel, oprimió por primera vez aquel cándido y confiado corazon. No me ama tanto como yo le amo: se atrevió Carlota á confesarse á sí misma: alguna cosa le aflige que no se atreve á confiarle.

¡Enrique tiene secretos para mí! para mí, que le he entregado mi alma toda entera! para mí que seré en breve su esposa!

Trataba en vano de adivinar la causa secreta de las cavilaciones de Enrique y preguntábasela á su propio corazón. ¡Ah! cómo había de responderle aquel noble y desinteresado corazón? Carlota oyó decir á su padre que Otway se había sorprendido al saber el poco valor y escasos productos de las tierras que poseía en Cubitas; pero, ¿podía ella sospechar remotamente que aquel descubrimiento influyese en la tristeza y frialdad de su amante?... Si un desgraciado instinto se lo hubiese revelado Carlota no hubiera podido amar ya, pero acaso tampoco hubiera podido vivir.

Melancólica y preocupada llegó al anochecer á aquel ingenio del cual saliera tres días antes con tan risueñas disposiciones, y sabiendo que Sab debía partir al día siguiente para la ciudad pretextó tener que escribir varias cartas á algunas de sus conocidas y se encerró en su cuarto, para entregarse toda á su tristeza é inquietud;

D. Carlos siguió su ejemplo retirándose á su escritorio, con el verdadero objeto de escribir muchas cartas que debía Sab llevar al correo, y las niñas fatigadas no tardaron en dormirse. Así únicamente Teresa permanecía en la sala al cuarto de hora de llegar al ingenio. Todos, al parecer, la habian olvidado y hallóse sola enteramente. Levantóse entonces de la butaca, en que se habia sentado, y acercándose con cautela á la puerta del cuarto que servia de dormitorio á las dos, y en el cual se hallaba entonces encerrada Carlota, aplicó el oído á la cerraja y escuchó atentamente por espacio de algunos minutos. Luego volvióse muy despacio á su silla. No hay duda! dijo en voz baja: he oido sus sollozos! Carlota! ¿qué puede aflijirte? ¡Eres tan dichosa! todos te aman! todos desean tu amor!... deja las lágrimas para la pobre huérfana, sin riquezas, sin hermosura! á la que nadie pide amor, ni ofrece felicidad!

Inclinó lánguidamente la cabeza, y quedó sumida en tan larga y profunda

meditacion que durante mas de dos horas no hizo el menor movimiento, ni apenas podria percibirse que respiraba. La vela de sebo, que ardía á su lado sobre una mesa, habíase gastado sin que ella lo advirtiese y estaba ya próxima á extinguirse. Por fin, volviendo progresivamente de aquella especie de letargo, exhaló primero un hondo suspiro; levantó luego con lentitud la cabeza y echó una ojeada al reloj de mesa que estaba junto á elle. Las diez! exclamó: las diez! hace pues dos horas que estoy aqui sola! Miró luego la puerta del cuarto en que se hallaba Carlota, y que permanecía cerrado todavia, y por último fijó los ojos en la vela espirante, que ya apenas iluminaba débilmente los objetos, si bien arrojaba por intervalos ráfagas de vivísima luz. Asi un corazon gastado por los pesares, dijo tristemente, arroja aun de tiempo en tiempo destellos de entusiasmo, antes de apagarse para siempre: asi mi pobre corazon cansado de amargura, despedazado de dolores, vierte todavia sobre mis últimos años de

juventud el resplandor siniestro de una llama criminal y terrible!

La luz arrojó en aquel momento una ráfaga mas viva que las anteriores; pero fue la última: Teresa quedó en profunda oscuridad, y oyóse entonces su voz proferring con acento mas triste.—Asi te estinguirás, desgraciado fuego de mi corazon, asi te estinguirás tambien por falta de pábulo y de esperanza.

—No, Teresa! aun hay para vuestro amor una esperanza! aun podeis ser dichosa, —respondió otra voz no menos sombría, que Teresa escuchó casi en su mismo oído. Lanzó ella un ligero grito, que al parecer fue sofocado por una mano colocada oportunamente sobre su boca.—Silencio! ¡Silencio! repitió la misma voz, silencio si no quereis perdernos á ambos. Teresa, yo os debo mucho y acaso puedo pagaros: vos habeis adivinado mi secreto y yo en cambio poseo el vuestro. Es preciso que haya una explicacion entre nosotros: es preciso que me oigais; ¿lo entendeis, Teresa? Esta noche, cuando el reloj que hace un

momento mirábais, haya sonado las doce, os aguardo en las orillas del Río á espaldas de los cañaverales del Sur. Mañana debo partir y es forzoso que me oigais antes, porque esta conferencia, yo os lo juro, decidirá de mi suerte y la vuestra: acaso tambien de la suerte de otros! ¿Jurais acudir á la cita, que os pido en nombre de todo lo que mas amais?—Sab, respondió Teresa con voz trémula y asustada: ¿qué quieres decir? soy una desgraciada á quien debes compadecer.—Y á la que quiero y puedo hacer dichosa: repuso con vivacidad su interlocutor. Yo os lo suplico por la memoria de vuestra madre, Teresa! dignaos otorgarme lo que os pido. Mi vida, la vuestra acaso depende de esta condescendencia.

A las doce! ¡solos! ¡tan distante! observó en voz baja la doncella.—Y qué! ¿tendreis miedo del pobre mulato, á quien creisteis digno de recibir de vos el retrato de Carlota? ¿Me tendreis miedo, Teresa?—No, respondió ella con voz mas segura: Sab! yo te lo prometo; acudiré á la cita.—Bendita

seas mujer! Y bien! á las doce, á orillas del rio, á espaldas de los cañaverales del sur.—Allí me hallarás.—¿Lo juras, Teresa?—Lo juro!

A este diálogo habido en las tinieblas sucedió en la sala un silencio profundo, y cuando tres minutos despues salió don Carlos de su escritorio llamando á Sab, para entregarle las cartas que debía llevar á la ciudad, encontró á Teresa en la misma butaca en la que la habia visto al dejarla sola, y al parecer profundamente dormida. A las voces del señor de B... y al ruido de la puerta del cuarto de Carlota, que se abrió casi al mismo tiempo, despertó de su sueño, y oyó esperezándose la dulce voz de su amiga que la decia abrazándola.—

Teresa mia, perdona el que te haya dejado sola por tanto tiempo. ¡Tenia tanto que escribir! Y al momento, como si se arreplintiese de ser poco sincera con su amiga, añadió mas bajo. ¡Tenia tanta necesidad de estar sola! Teresa sin prestar atención á esta excusa miró al rededor de sí, como si despues de un tan largo sue-

no apenas recordáse el sitio en que se hallaba. ¿Qué hora es? preguntó seguidamente.—Mira el reloj, respondió Carlota, son las diez dadas y creo justo nos recojamos, tanto mas cuapio me parece estas muy dispuesta á volver á dormirte. Pero he aqui á Sab que recibe órdenes y cartas; mañana al amanecer marcha á la ciudad; voy á darle dos cartas que he escrito para nuestras amigas. ¿No tienes tu nada que encargár á Puerto-Príncipe? Nada, contestó Teresa, levantándose y dirigiéndose hácia el dormitorio, al cual la siguió Carlota despues de poner en manos del mulato sus dos cartas, y de recibir un beso y una bendicion de su padre.

Te habrás fastidiado mucho, mi buena Teresa, dijo cariñosamente á su compañera, despues de cerrar la puerta y mientras se desnudaba para acostarse: tan sola como estabas! qué has hecho?—Dormir, ya lo has visto, respondió Teresa, que ya estaba en la cama y al parecer muy próxima á volver á dormirse.—He

sentido mucho dejarte sola; repuso Carlota: pero mira, tenia tanta necesidad de soledad y silencio! estaba tan triste! tan agitada!—Estabas triste ¿qué tenias pues? dijo Teresa incorporándose un poco en la almohada.—Tenia... qué sé yo? una opresion de corazon!... necesitaba llorar, lloré mucho y ya me siento aliviada.—¿Has llorado? repitió Teresa alargándola una mano; con más ternura en su voz y en sus miradas de la que Carlota estaba acostumbrada á ver en ella. Conmovida en aquel momento, á vista de este inesperado interés, arrojóse la pobre niña en los brazos de su amiga y renovó su llanto. Poco tuvo que insistir Teresa para arrancarla una entera confesion de los motivos de su tristeza. No acostumbrada al dolor, pero dotada de una alma capaz de recibirlo en toda su plenitud, Carlota habia padecido tanto aquella noche con sus cavilaciones é inquietudes, que sentia una necesidad de pedir consuelo y compasion. Por otra parte, aunque Teresa con su sequedad genial recibiese sus confianzas por lo comun con

muestras de poco interés, Carlota había adquirido el hábito de hacérselas, y reprochábala su corazón, como una falta, la reserva que en aquella ocasión había tenido con su amiga. Así pues, abrazada de su cuello y llenos los ojos de lágrimas, refirióle con candor y exactitud todas las quejas que formaba de Enrique. Teresa la escuchaba con atención, y luego que hubo concluido:—pobre Carlota! la dijo; cómo te forjas tú misma motivos de inquietud! —Pues qué! exclamó con ansiedad de temor y de esperanza ¿piensas tú que soy injusta?—Lo eres indudablemente, repuso Teresa.—Piensas que me ama lo mismo que antes?—Y por qué no te amaría mas cada día, querida Carlota? Eres tan buena, tan hermosa!—¿Me adulas, Teresa? preguntó Carlota, que á las primeras palabras de su amiga había levantado su linda cabeza, enjugando sus lágrimas y conteniendo sus sollozos, para oírla mejor.—No ciertamente, eres amada y mereces serlo. ¿Por qué interpretas en tu daño lo que puede ser, y es indudablemente, efecto

de ese mismo amor del cuál dudas? Es acaso extraño que Enrique esté triste y de mal humor, cuando acostumbrado á verte diariamente por espacio de tres meses, y con la esperanza de verte en breve sin cesar, se halla sin embargo al presente forzado por enojosos asuntos de comercio, á dejarte con frecuencia y á pasar semanas enteras lejos de tí? Esa frialdad de que te quejas es una aprension tuya, y ademas, ¿quieres que un hombre abrumado de negocios esté tan entregado como tú á su ternura? ¿quieres que no haga otra cosa que suspirar de amor á tus pies? Oh! eres injusta, no lo dudes Carlota: Enrique no merece las sospechas de tu suspicaz ternura.

Escuchaba estas palabras Carlota con inespresable plegria. Es tan fácil persuadirnos aquello que deseamos, y tan dulce esta persuasion, que la apasionada jóven no necesitó mas que aquellas pocas palabras de Teresa, para disipar todas sus inquietudes; y si aun no se mosiró convencida fue por el placer de que su amiga le repitiese que era injusta y que Enrique la

amaba. ¡Cuánto bien hacían á su corazon aquellas palabras! ¡Cómo se aplaudía de haber confiado á Teresa sus penas, reconviéndose de no haberlo hecho antes! Teresa la parecia aquella noche adorable, elocuente, sublime. Persuadíase con placer que era mil veces mas justa, mas sensata que ella, y lloró entonces haber ofendido á su amante con infundados recelos.—He sido ciertamente muy injusta, dijo entre sonrisas y lágrimas; pero merezco perdon. ¡Le amo tanto! Una palabra, una mirada de Enrique es para mi corazon la vida ó la muerte, la felicidad ó la desesperacion. Tu no comprendes esto, Teresa, porque nunca has amado.—Teresa se sonrió tristemente.—Estás tan poco acostumbrada á padecer, la dijo despues, que el menor contratiempo hallando indefenso tu corazon, se posesiona y le oprime. Oh Carlota! aun cuando la desgracia que sin razon has temido llegase á realizarse, ¿deberías abandonararte asi cobardemente al dolor? Si Enrique fuese mudable, pérfido, ¿no tendrías bastante orgullo y fortaleza,

para despreciarle, juzgando poco digna de tus lágrimas la pérdida de un corazón inconstante?

Carlota desenlazó sus brazos de los de Teresa con un movimiento convulsivo, y pintóse en sus ojos un triste sobresalto.— ¡Que! intentas acaso prepararme? ¿me has engañado al asegurarme que me amaba? has conocido tu también su mudanza? la sabes? dímelo, oh! en nombre del cielo, dímelo, cruel! —No, pobre niña, exclamó Teresa, no! no he conocido otra cosa sino que serás desgraciada, no obstante tu hermosura y tus gracias, no obstante el amor de tu esposo y de cuantos te conocen. Serás desgraciada sino moderas esa sensibilidad, pronta siempre á alarmarse. —Si, respondió Carlota, con un hondo suspiro, mientras se sentaba tristemente y con aire pensativo sobre su cama: Si, seré desgraciada; no sé qué vez secreta me lo dice sin cesar: pero al menos la desgracia contra la cual quieres prepararme, no será la que yo lloro mas largo tiempo. Si Enrique fuese pérfido, ingrato, entonces

todo habria concluido.; yó no seria ya desgraciada. No son los mas terribles aquellos males á los que hay la certeza de no poder sobrevivir.

Concluyendo estas palabras dejóse caer con abatimiento sobre la almohada y Teresa fijó los ojos en ella con profunda emocion. Miraba con cierta sorpresa, y con la mas tierna piedad, impreso el dolor en aquella frente tan jóven y tan pura, en la que ni el tiempo ni las pasiones habian grabado hasta entonces su dolorosa huella, y reconveníase por haber turbado un momento su deliciosa serenidad. Desgracia para aquellos, decia interiormente, que derraman la primera gota de hiel en una alma dichosa. ¿Quiénes son los que surcado el rostro por las arrugas, que les han impreso los años ó los dolores, se acercan atrevidos á la juventud confiada y feliz, para arrebatárle sus ilusiones inocentes y brillantes? Séres frios y duros, almas sin compasion que pretenden hacer un bien cuando anticipan el momento fatal del desengaño: cuando ofrecen una

triste realidad al que despojan de sus dulces quimeras. Hombres crueles, que hielan la sonrisa en los labios inocentes, que rasgan el velo brillante que cubre á los ojos inespertos, y que al decir, —esta es la verdad, —destruyen en un momento la felicidad de toda una existencia.

¡ Oh vosotros, los que ya lo habeis visto todo, los que todo lo habeis comprendido y juzgado, vosotros los que ya conocéis la vida y os adelantais á su último término, guiados por la prudencia y acompañados por la desconfianza! respetad esas frentes puras, en las que el desengaño no ha estampado su sello; respetad esas almas llenas de confianza y de fé, esas almas ricas de esperanzas y poderosas por su juventud...; dejadles sus errores... menos mal les harán que esa fatal prevision que quereis darle.

Teresa haciendo estas reflexiones se había inclinado hácia su prima y la apretaba en sus brazos con no usada ternura. Carlota recibía sus caricias sin devolverlas —tan preocupada estaba —hasta que To-

resa renovando la conversacion procuró tranquilizarla repitiéndola, con acento de conviccion, que Enrique la amaba, que la amaria siempre y que le ultrajaba en dudar un momento de su sinceridad y constancia.

Luego que la vió menos agitada rogóla procurase dormir y ella misma aparentó necesidad de reposo. Imposible fué sin embargo á Carlota dormirse en algun tiempo: bien que sosegada de sus temores sentíase sobradamente conmovida, y ya Teresa dormia al parecer profundamente, hacia mas de media hora, cuando ella aun daba vueltas en su cama sin poder sosegar. Por fin, despues de esta agitacion el deseado sueño descendió á sus ojos, y Carlota se quedó dormida al mismo tiempo que el reloj sonaba distintamente las doce.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.